

EL DIA

AÑO VI - Nº 229. Montevideo, Mayo 30 de 1937

Iniciación de la Avenida Agraciada

FOTO J. y R. CARUSO





BOLAS ARROJADIZAS, CON LA RAREZA DE SU CORTE EN CRUZ

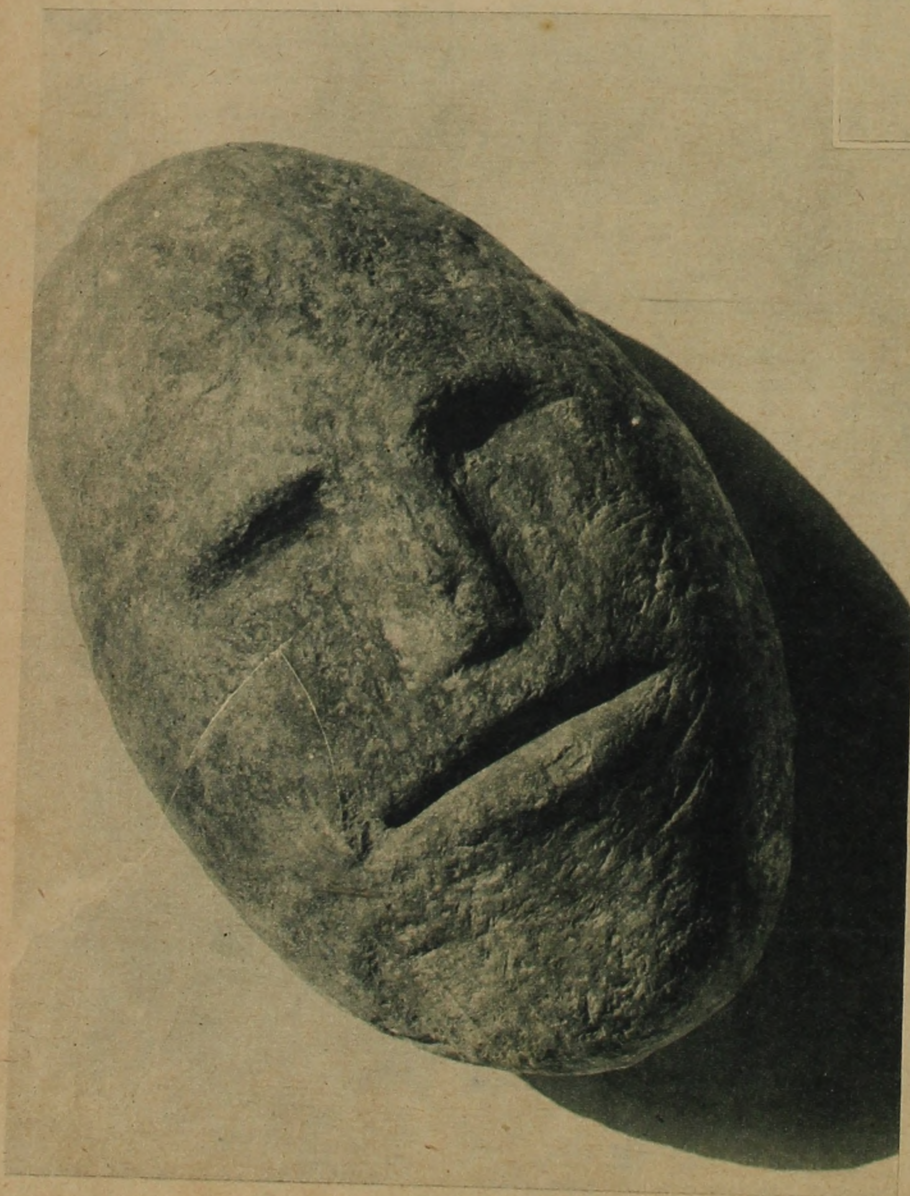
¿NUEVO PARADERO DE INDIOS?

MAZAS DE GUERRA CON CARAS ESCULPIDAS





MORTERO TALLADO, MOSTRANDO SU FRENTE, PERFIL Y PARTE INFERIOR



DE LA COLECCION

DEL SEÑOR

ROBERTO PIETRACAPRINA



ROMPE CABEZA



PIEDRA HUECA CON CORTE PULIDO

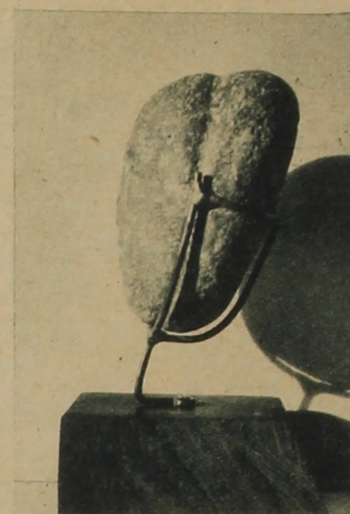


PIEDRA EN FORMA DE MEDIA LUNA, CON LOS HUECOS SIMILARES A ROMPEDORES DE NUECES

LOS numerosos estudiosos que, tanto en Montevideo como en Buenos Aires, se aplican a la investigación de los vestigios dejados por nuestras tribus aborígenes, adquieren en Punta del Este una cantidad de piedras rarísimas y desconocidas que, desde hace años, aparecen en venta en aquella localidad balnearia, justamente en la época de auge de turismo.

Muchos de ellos han enriquecido sus colecciones con cantidad de esas esculturas pétreas, trabajadas, al parecer, a punta de piedra, en forma rudimentaria, coloreadas con el tinte de las cosas antiguas, y el aspecto de las de época prehistórica, pretendiéndose que se han encontrado en un nuevo y todavía desconocido paradero de indios que debió existir en la costa atlántica, no lejos del límite entre los departamentos de Rocha y Maldonado. Pero los investigadores que, por todos los medios han pretendido llegar al sitio de la excavación y ver con sus propios ojos la región que habitaba esa supuesta tribu — capaz de producir tan abundante lote de esculturas de esa especie hasta hoy rarísima, no han podido cumplir su deseo, y las promesas de los vendedores han sido incumplidas siempre.

Pero si bien es cierto que muchas de esas esculturan resultan sobrado dudosas, otras son — se asegura por los entendidos — de una absoluta identidad.





CABEZA DE FRENTE Y PERFIL



UTENSILIOS PARA MOLER Y PULIR

BOLEADORA CON UNA CARA TALLADA





EL TEATRO DRAMÁTICO DE José Pedro Bellán.

—"Un hijo... Si yo hubiera tenido el hijo que a ti te tocó en suerte...!"

Esta ansiedad del hijo corre por boca de todos los personajes en la obra de José Pedro Bellán, y es un clamor que la enciende dramáticamente, dándole estremecimiento. La angustia del hijo toca toda su producción, dándole fisonomía, y dándole carácter, al punto de que bien podría titularse genéricamente su teatro con el de una de sus obras: el teatro de "La ronda del hijo"

Por lo general el concepto del hijo aparece subjetivamente, moviendo la acción de los demás personajes escénicos, pero incidentalmente suele aparecer en alguna de las obras como elemento objetivo. Ocurre a veces que el drama radica en la falta del hijo, o en su ausencia; pero en otras es precisamente la presencia y cercanía el que lo promueve. Sus personajes suelen estar elegidos en el mundo de los mediocres egoístas, seres vulgares de roma espiritualidad y mucho de insensatez, incapaces de conciliar sus vidas tontas, a ras de tierra de los apetitos, con la conciencia en suspenso del niño que gravita en sus manos, a la espera del impulso que lo lance y oriente... En ocasiones, por la muerte del hijo que sacude de espasmos esas almas densas con el remordimiento de saberse culpables de abandono en el cuidado del niño, otras por perplejidad ante el milagro inesperado e indeseado de ese ser expectante, que les produce confusión de sentimientos, el drama surge, callado, y como al desgaire de la acción escénica, tan profundo de amargura cuanto suelen ser satíricas e irónicas las situaciones. Porque todos los dramas de José Pedro Bellán poseen ese elemento de lo cómico involuntario que forma lo grotesco, y hacen reir al espectador con el trance chusco de las reyertas conyugales, inevitablemente burlescas para el que, por atisbos de vecindad indiscreta, las contempla sin entrar solidariamente en ella, contenida su simpatía por lo que de ridículo existe en el desaforado y estridente pelear, exageración de efecto sobre una causa nimia, que es, precisamente, lo que constituye la caricatura.

¡Cuánto partido cómico saca de esas situaciones de querella entre gentes que se destrozan en la pueril y cruel batalla de los sexos, por el predominio del uno sobre el otro! Les aglomera desdenes exhibiéndolos en el ridículo de la exasperación, vocingleros de sus intimidades agraviantes...

Y en medio, como una cuña, vivo y dramático, ubica al hijo acongojado de toda aquella tempestad de improperios entre los padres, de rencores contenidos y desbordados en una insurrección de desengaños, sintiéndose defraudados del lejano amor que los alucinó. El llanto del hijo apaga el fuego de ese fuego, calma el frenesí de gritos, y deja en la escena un patético silencio que hace daño...

* * *

Antes que en la escena, Bellán solía tratar estos personajes en el cuento, o en la novela breve, tejiendo el asunto con el juego de la superficialidad, taimados de disimulos y engaños para apresarse en las redes que mutuamente se tienden los enamorados. Sus protagonistas son seres vanos, de pueril volubilidad: mujeres inquietas como alas de mariposa, hombres de urgentes deseos, alucinados por las turgencias desafiantes, promisoras de la gracia femenina. Representan la comedia del amor con la escenografía adecuada de paisajes crepusculares, luz de luna entre el ramaje, y destellos plateados sobre el azul del lago. El deseo les dicta palabras de poesía que hacen temblar la voz y aletear las manos, mintiéndose sentimientos, sensibles al hechizo del propio artilugio, sin embargo, erguidos y ardientes como una antorcha, cálidos y graves, enlazados y correspondidos como la estrofa de un verso.

Las mujeres de las obras de Bellán son, en la novela, pequeñitas e insignificantes:

—"Para que una mujer triunfe en la vida, ha de ser grande, genial. O ha de ser muy pequeñita".

Y cuando no son pequeñitas, aparentan serlo intuídas de que eso también es un recurso de coquetería, y apacigua el sentido alerta del hombre que teme a las mujeres que "no son como todas", y pueden enfrentarse en pugna con otro carácter. Son mujeres para el amor nacidas, afanosas del hogar y marido, dispuestas por anticipado a la anulación propia para quedar en satélites. "El pecado de Alejandra Leonard" es el de ser inteligente y no disimularlo. Los hombres advertían esa superioridad en seguida, con sólo verla sonreir ante sus requerimientos con frases hechas, deshilas de lecturas simples. Por eso tuvo muchos novios, pero no alcanzó a tener esposo. Pudo resignarse a ello, y un día que paseaba un niño, alguien le elogió la belleza de "su hijo":

—"Sorprendida iba a decirle: "no es mío", pero la voz no se pronunció. Apretó el nene contra su pecho, y empezó a subir. Las piernas le flaqueaban..."

Y es que en las mujeres el instinto maternal empieza con el primer abrazo dado a la muñeca, mientras que el hombre no adquiere conciencia de su paternidad sino con el lloro del recién nacido. "Y esto es así, sin saber porqué..."

Pero un día la comedia acaba. La mujercita vulgar se siente ennoblecida y superada. Luna, crepúsculo, lago y mandolina, caen al suelo como los lienzos de una escenografía. El tedio de la vida cuotidiana, hecha de pasividades y resignaciones, despejó la bruma engañosa, la fata morgana del amor. Y Colombina grita:

—"¡No quiero el amor de los hombres! ¡Quiero un hijo...!"

El hijo pone en el rostro de la mujer una mancha de respeto, de sobriedad de pensamiento, de fulgores trágicos y alegrías profundas, que matan la gracia sexual. La "cosa de carne" tenía un alma. El hombre que no la adivinó, que no la deseó aparece turbado. Se le presenta un ser distinto de aquel al cual amó. Tratará de conocerlo y amarlo de nuevo, en cuyo caso el drama se desplaza. Pero si no lo intenta, o no lo logra, se enfrentarán como dos desconocidos, galeotos de una misma condena, y a las palabras de poesía sucederán los duros agravios, los hoscos silencios amenazantes, el clima desapacible y hostil de los hogares sin fuego de



amor.

Es entonces, y con estos personajes, aparecido el tercer factor del drama que es el hijo, cuando los traslada a la escena.

Y de este juego de efectos surge el teatro de José Pedro Bellán.

* * *

Se le ha tenido, aun mismo por quienes algo lo trataron, como un misántropo, carácter adusto con visión sombría de la vida. ¡Qué equivocación! Era todo ternura, de una riqueza sentimental que se emocionaba ante todo sufrimiento del alma con una solidaridad evangélica. Tímido por elegancia espiritual, que lo inducía a rehuir las camarillas y circulillos de nuestra aldea, ambiente pequeño fácil al encontronazo, sentía entrañablemente la amistad, y se daba en alma al que amaba, con igual fervor tozudo con que desplazaba al que no le era grato. Miraba el espectáculo de la vida con ojos ilusionados, y si en la redada de su observación recogía a estos seres, ennobleciéndolos con su arte, era para presentarlos como ejemplarizadores del mal que hacían, y el daño que recibían, por no poner en su vivir un poco de la luz del espíritu.

Todas las facetas del problema que trató, eran observadas de la realidad, y aun los nombres de los personajes habían sido escuchados en la calle. No inventaba el drama. Lo veía. Y a pesar de la emoción que en ellos ponía, reía con su risa clara, ancha y sana, como la de un dios, de la ridiculez de sus creaturas a los que mataba la estulticia, burlándose de ellos aun cuando de ellos se doliera conmiseratívamente. De ahí ese ribete de tragicomedia de sus obras.

Quien alguna vez tuvo entre las propias las manos cálidas de Bellán, se sintió por siempre unido a su cordialidad, devoto de este hombre superior; alma límpida y de sentimientos puros, que trazó un cuadro de la sociedad de su época, tal como Florencio Sánchez y Ernesto Herrera fueron, en el respectivo teatro, representativos de la conciencia nacional en el tiempo en que les tocó actuar...

* * *

"¡Dios te salve!" fué la obra que lo reveló al gran público. Hasta ese entonces su nombre era apenas conocido de unos pocos, pese a tener ya publicados algunos volumenes. Un gran crítico argentino, Don Joaquín de Vedia — el mismo que manifestó a Florencio Sánchez— dió a Bellán el espaldarazo artístico, y su obra le fué estrenada en Buenos Aires por la compañía de la actriz Camila Quiroga, alcanzando un éxito notorio, primero de una carrera que sólo le tenía reservados triunfos.

Sin malicia del oficio teatral, (esa picardía del tecnicismo que posee el hombre de teatro ducho, hábil para condimentar las escenas y graduar los efectos), librada la obra a sólo sus valores intrínsecos, se impuso a la emoción del espectador por la riqueza de su contextura dramática nobilísima, no amenguada por la languidez y desmayo del dialogado, todavía sin depurar de los verbalismos innecesarios heredados del hábito de novelar.

Se estaba todavía en una modalidad teatral hecha de efectismo, reflejo del teatro dialéctico de Bernstein, influencia de ese momento, con patetismos espectaculares. Las actrices hermosas imponían desde la escena las modas de la temporada, y el repertorio se formaba teniendo en cuenta la elegancia de la artista, a la que se le procuraban ocasiones de lucimiento en la figura, antes que a su talento dramático. Esta obra de Bellán, de ambiente humilde, sin sedas ni lujos, que obligaba a envejecerse a una bella mujer que encarnó el personaje central, quebró la costumbre establecida de debutar con pieza de "frac" y trajes de "soiree".

"¡Dios te salve!" triunfó por su pujanza dramática, hecho de resignaciones, de conformidades ante la deserción de una familia de felicidad tranquila, resuelto en la escena final por sólo un gesto desolado. Había surgido el autor nuevo que daba un manotón a toda la baratería del aquel teatro hueco.

Luego de algunas producciones que son como "scherzos" en el gran tema del teatro de Bellán, ("Vasito de agua", "Tro-laró-lará"), dió a la escena "La ronda del hijo", de estrangulada angustia, obra en la que el hombre y la mujer, despedazadas sus vidas, se abrazan con amor y con odio, en procura de otro hijo que los redima de la culpa que mató al que se fué...:

—"Ha de ser varón... igual que aquél... ¡y se llamará Enrique, como el otro..."

Esta vida nueva que desean, este "retorno", insinuaba una faceta nueva a su teatro, enriqueciéndolo con otra modalidad complementaria. Trabajaba al morir en una obra, titulada por lo pronto "El retorno", en la que trataba de enlazar dos imágenes separadas por el tiempo y la ausencia: la fisonomía, el recuerdo de la voz, los gestos, la vida física de aquel ser tal como estaba fijo en la memoria de la madre, con la fisonomía y la realidad "actual" de un hijo que vuelve a los muchos años, distinto a aquél, en imagen, que la madre acariciaba en memoria. Para poner en contacto esos dos polos, había que rellenar el tiempo que los separó con la reseña atribulada de sucesos, viviendo en una narración los años separados, hasta "ponerse al día". Esta interferencia de lo pretérito zigzagueante por entre lo presente, tratada con amplitud en otra de sus obras, titulada "Interferencias" señalaba una modalidad ascencional en el teatro de Bellán, quedada inconclusa.

"El centinela muerto" fué la última que estrenó. Están en ella todos los elementos de sus dramas, pero como invertidos. Es algo así como la contrafigura de "Dios te salve!", pues mientras que el personaje del padre es en ésta un elemento dispersador de la familia, en "El centinela muerto" constituye un factor que congrega, pero en disciplina, no en felicidad. Es este padre el único en la casa con una idea de lo necesario, de lo conveniente, de lo justo, que le impidió vivir su vida, centinela alerta de cuatro o cinco principios de moral que se ha visto obligado a mantener entre los suyos.

—"Se cuidaban de mí como del diablo! ¡Yo era el cuco. Cuando entraba en mi casa tenía la preocupación de pisar fuerte, de hacer bastante ruido con la cancel. Estaba cansado de oir a mi llegada, ese aviso, a media voz, que no sabía a punto fijo de dónde partía, un alerta muy recatado que me llenaba de amargura: "ahí está papá...", "cuidado con papá...", "que papá no lo sepa..." — Yo esperaba que esa situación habría de terminar... Soñaba con esta esperanza... Yo me decía: esta noche, en cuanto entre en casa, mis hijos querrán estar conmigo, nos sentaremos juntos, me hablarán simplemente, por el deseo de hablar... Pero entraba y la indiferencia, el silencio, el disimulo, me demostraban bien pronto que aún no había llegado la hora de que mis hijos comprendieran mi sentido del bien, mi rectitud en la dirección del hogar..."

Y cuando los ha orientado a todos: (**"Mercedes casada... Andresito un escribano... Está bien... está bien..."**) se encuentra tan solo como antes. Ha estado montando guardia con su vida. El centinela del hogar, ha muerto.

—"Cuando el padre hiere al hijo, el hijo nunca perdona al padre".

La presión de la voluntad paternal, aun para bien, agravia al hijo, que no perdona...

De este clamor dramático, que corre por boca de todos los personajes, está hecho el teatro admirable de José Pedro Bellán.

Amarux

cine

938-94

"MARGARITA GAUTIER" 

SE EXHIBE CON GRAN EXITO EN CINE METRO, UNA NUEVA Y MAGNIFICA VERSION DE "LA DAMA DE LAS CAMELIAS" INTERPRETADA POR LA EXIMIA ACTRIZ SUECA GRETA GARBO, ACTUANDO DE GALAN ROBERT TAYLOR, SECUNDADOS POR LIONEL BARRYMORE, HENRY DANIELL, LEONORE ULRICH, ETC. EL FILM HA SIDO DIRIGIDO POR GEORGE CUKOR

QUINCE DIAS DE VACACIONES.

Crónicas de la vida literaria • dibujo de Vernazza

ERA la hora cordial de las confidencias. Carlos, "Don Carlos", como ya empezaban a llamarle, no pudo evitar la suya. He aquí lo que nos contó.

* * *

Tenía yo veinte años, ilimitadas ambiciones y millares de versos que esperaban turno para ser admirados por el mundo. Pronto publiqué mi primer libro, pecado que después he querido, inútilmente, borrar de mi pasado. Pero, en un país como el nuestro, donde abundan los sueños y escasean las posibilidades, ¿qué cosa más inofensiva que versos podemos hacer?

Mis amigos y los amigos de mis amigos me dedicaron cálidos elogios verbales y escritos. Hasta llegaron a decir, — carguen ellos con la culpa, — que mi libro era "un árbol sacudido por las ráfagas del genio". Estas exageraciones no pueden extrañar a nadie, claro está. Nos gusta hiperbolizar. Desdeñamos el juicio medido, razonado.

Aun en aquellos años, yo sabía que tales elogios había que retribuirlos cuando llegara la oportunidad, so pena de no recibirlos más. Por haberlo olvidado (es lamentable mi falta de memoria) soy ahora, para muchos de los que entonces me elogiaban, o un desconocido o uno de los tantos "analfabetos que escriben" (no les choque la paradoja). ¡La hipérbole siempre! El genio es patrimonio de nuestros amigos. La estupidez, el de los demás.

Bueno; el caso es que en aquella época, —gracias a la amistad de media docena de gacetilleros,—tenía yo una de esas envidiables reputaciones de papel de diario, tan disputadas. Pude creer—y lo creí—que mi "flirt" con la literatura era ya un amor formal con vistas al matrimonio.

Y debo advertir que, si bien yo no creía del todo en la sinceridad de los elogios que se me dirigían, no dudaba de la popularidad que ellos me habían dado.

Un día se me ocurrió tomarme medio mes de vacaciones. Hice saber a mis amigos,—ellos se lo dirían después al público,—que me alejaba de la capital. Necesitaba paz y silencio para escribir una nueva obra. En las ruedas de café, en las redacciones, en el teatro, se me preguntaba qué lugar había elegido. Resolví no revelarlo, porque me pareció que así interesaría más mi viaje.

Al fin partí. Era una encantadora mañana de primavera. ¿A dónde iba?

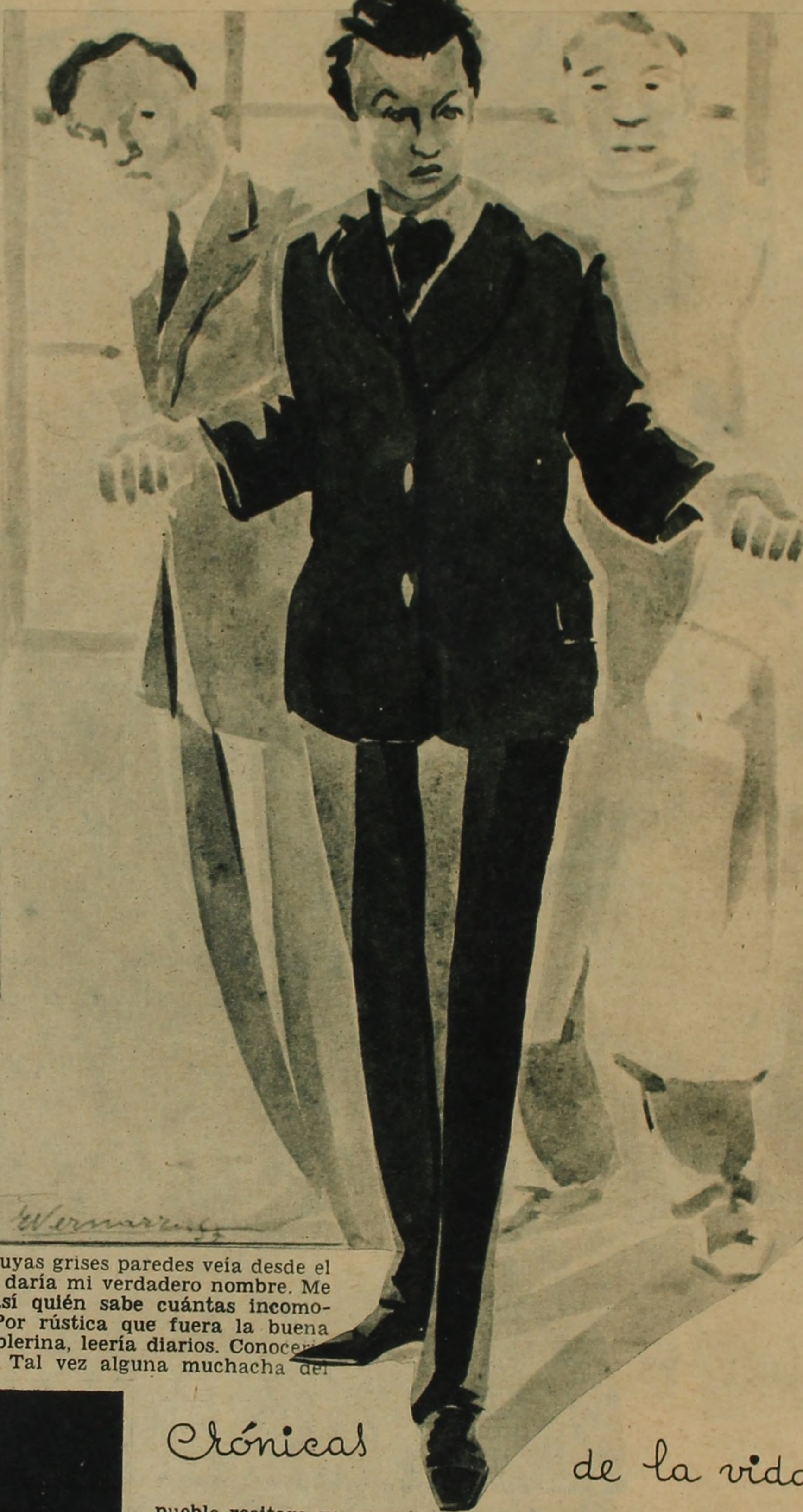
El campo no me gustaba, pese a que también cultivaba yo el llamado "género criollo". Pero, como muchos de mis colegas, pensaba que para escribir sobre las cosas del campo bastaba conocer las orillas de La Unión... y olvidar (cuando se saben) las reglas de la ortografía.

Descendí del tren en un modesto pueblecillo de cuyo nombre (vean ustedes cuánto me parezco a Cervantes) no quiero acordarme. Uno de esos pueblos de tierra adentro, tan contradictorios, donde al lado de la carreta y del rancho suele verse el automóvil de último modelo.

Me senté en un banco de la plazuela, en la cual jugaban dos chiquillos y se decían los pájaros no sé qué cosas. Los pocos vecinos que por allí pasaban me dirigían miradas inquisidoras.

Yo gozaba interiormente el placer de sentirme desconocido y libre de las tontas preocupaciones de la vanidad.

De pronto, y como la soledad es fecunda en pensamientos (¿también dijo esto Cervantes?), se me ocurrió una idea: en el hotel, cuyas grises paredes veía desde el banco, no daría mi verdadero nombre. Me evitaría así quién sabe cuántas incomodidades. Por rústica que fuera la buena gente pueblerina, leería diarios. Conocería mi firma. Tal vez alguna muchacha del pueblo recitara versos míos...



Lo mejor era, pues, no darse a conocer. Por lo menos, hasta que lo creyera conveniente.

Sí... pero algún nombre tendría que dar. ¿Cuál?... ¡Ya está! Pedro Ferri. Me llamaría Pedro Ferri. ¿Por qué se me ocurrió este nombre? No lo sé.

Todo salió bien al principio. El hotelero creyó sin esfuerzo que yo era Pedro Ferri, estudiante a quien los médicos habían recomendado unos días de reposo.

—El campo le haría bien,—me dijo.

—No me gusta. Además, no tengo relaciones.

—¿No es oriental?

—No, señor; peruano.

—¡Peruano! Por allá hay indios, ¿no?

—Bastantes.

El buen hombre me indicó la pieza y pasé el resto de la mañana mirando desde la ventana el lánguido movimiento de la calle.

De tarde salí del hotel. Seguí hacia el norte, caminando por una calle ancha que dividía al pueblo en dos. A las cinco cuadras, me detuve. Allí estaba el infaltable arroyo, claro y parlero, contando todos los chismes recogidos en la sierra cercana.

Al regresar, dos horas después, el hotelero me entregó un ramo de flores y una tarjeta que habían llevado para mí. Pensé en alguna equivocación. Pero la tarjeta no dejaba, a mi juicio, lugar a dudas. Decía así: "Humilde ofrenda de la Directora, el personal enseñante y los alumnos de la Escuela N.o 20, al ilustre huésped del pueblo".

Esta gente,—pensé,—es más avisada de lo que yo suponía. De nada me valió la treta. Me han reconocido. Después de todo, no dejaba de ser halagadora esta comprobación de mi popularidad.

Iba a retirarme a mi habittación cuando el hotelero me dijo:

¡Ah! Vinieron a verlo Federico y Camilo.

—¿Y quiénes son esos señores?

—¡Hombre! Federico Carrasco, el escribano, y Camilo Peña, el periodista.

—¿Sabe usted qué deseaban?

—Saludarlo. Volverán más tarde.

—Está bien. Cuando vengan, hágalos pasar a mi cuarto.

Intrigado por la sonrisita irónica que iluminaba el rostro del hotelero, llegué a mi pieza y me dispuse a leer los "Pensamientos" de Marco Aurelio, que había llevado conmigo.

Pero antes de media hora tuve que abandonar la grata lectura. Frente a la ventana de mi habitación se oía un rumor de pueblo en fiesta y pronto estallaron en el aire las primeras notas del Himno Nacional. Corrí a abrir la ventana y, apenas lo hice, me asaltó una furiosa salva de aplausos. Había en la calle unas cien personas, sin contar a los niños de la escuela, que parecían palomas en formación.

Me volví hacia adentro. Alguien me estrechó entre sus brazos y me dijo:

—No les haga eso. Son sus admiradores. Venga.

Y me arrastró hacia la ventana. Era el escribano Carrasco, según lo supe después. Sacó unos papeles de no sé dónde y, dirigiéndose alternativamente a mí y al público, leyó en ellos lo siguiente:

"Señoras y señores: Nuestro pueblo se ve hoy honrado con la visita de un compatriota que ha llevado muy lejos el nombre del Uruguay. Inútil ha sido que tratara de ocultatr su nacionalidad, por un rasgo de esa modestia que lo caracteriza. Vamos a demostrarle, señores, que aquí sabemos apreciar el verdadero mérito y que hombres de su talla no pueden ocultarse a la admiración de sus conciudadanos. Como presidente del Club Gladiador, doy la bienvenida a Pedro Ferri y le deseo la más grata permanencia entre nosotros".

Atronadores aplausos premiaron las palabras del orador. Alguien susurró en mi oído:

—Soy Camilo Peña. Tiene que escribir algo para mi periódico.

Me fueron presentados el farmacéutico, el comisario, la directora de la escuela, todo lo representativo del pueblo, que se había metido en mi cuarto y me estrujaba y felicitaba sin que yo supiera por qué.

Imaginen ustedes mi situación. No sabía qué hacer ni qué decir. Estaba anonadado.

Un chico de la escuela se acercó a la ventana y leyó un discurso en el que se decía que Pedro Ferri era "campeón de campeones".

No pude más y me dirigí, con palabra trémula, a la multitud:

—Señores, — dije, — hay aquí un error que deploro y del cual soy, hasta cierto punto, culpable. No me llamo Pedro Ferri, ni he oído nunca ese nombre que se me ocurrió hoy para ocultar el mío. No soy tampoco campeón e ignoro a qué méritos se refieren los homenajes que quieren tributarme los nobles habitantes de este pueblo. Pido a ustedes disculpa por este engaño que no creí que pudiera dar origen a tan grandes equivocaciones.

Un rayo que se hubiera desprendido del cielo no habría dejado tan atónita a la muchedumbre como mis palabras.

La consternación, la ira, el asombro, se transparentaban en la expresión de Carrasco, de Peña, de la directora, del farmacéutico y del comisario.

Este, con aire de desconfianza, se acercó y me dijo:

—¿Y quién es usted?

—Carlos López, poeta. ¿No ha leído nunca versos míos?

—No pierdo el tiempo. ¿A qué vino a este pueblo?

—A descansar. Por lo visto me equivoqué.

—Los equivocados fuímos nosotros, — dijo Carrasco. Y salió de la pieza sin saludarme, seguido de los demás.

La última en retirarse fué la maestra, y antes de que saliera le pregunté:

—Por favor, señorita: ¿quién es Pedro Ferri?

—¿No lo sabe usted? ¡Bien se ve que es poeta! Pedro Ferri es el mejor "goleador" del Río de la Plata y, probablemente, del mundo.

—¡Ocurrírseme ese nombre!

—La más perjudicada soy yo. Porque le había preparado una linda fiestita en mi escuela. ¡Qué lástima! ¿Qué hago ahora con los discursos?

También la maestra se fué sin despedirse.

Supondrán ustedes lo demás: me fuí del pueblo en el primer tren que por allí pasó.

Lo que acaso no supongan es que me pasé los catorce días que me quedaban de vacaciones encerrado en mi casa, en Montevideo, para evitarme la vergüenza de tener que explicar lo sucedido.

Al volver al café y preguntarme los amigos cómo me había ido, contesté con la mayor naturalidad:

—¡Maravillosamente!... Aquella paz y aquella soledad han serenado por completo mi espíritu.

Manuel Benavente.

SOCIALES



Sta. Chichita Macé Susena.



Sta. Olguita Marchisio Palacios.



Sta. Aida Barcelona Ferrari.

FOTOS DE Marchese

VISTA PANORAMICA DE LA PARTE SUR DE LA CIUDAD.



AVENIDA 18 DE JULIO. EN EL PUNTO DE INICIACION DE LA AVENIDA AGRACIADA



LA BAHIA Y EL CERRO, VISTA TOMADA DESDE UNO DE LOS RASCACIELOS DE LA AVENIDA 18 DE JULIO.



PLAZOLETA INICIAL DE LA AVENIDA AGRACIADA EN LA CONJUNCION DE 18 DE JULIO.

CRECIMIENTO de MONTEVIDEO

VISTA DE LA AVENIDA AGRACIADA. — LA AMPLIA VIA, QUE COMUNICARA EL PALACIO LEGISLATIVO CON LA AVENIDA 18 DE JULIO ES UNA DE LAS OBRAS IMPORTANTISIMAS DEBIDO A LA INICIATIVA Y ESTUDIO DEL INGENIERO DON JUAN FABINÍ, EN SU PLAN DE TRANSFORMACION Y EMBELLECIMIENTO DE LA CIUDAD, REALIZADO EN LO FUNDAMENTAL POR EL QUE FUERA CONCEJO DE ADMINISTRACION MUNICIPAL DE MONTEVIDEO.

LA GLORIA USURPADA.

Cuento por Pedro Valdagne.

UN gran casamiento como todos los grandes casamientos. Un lunch lujoso, elegante. Mucha gente, ruido, charlas y risas.

—¿Quién es aquel soberbio mozo, que está allí cerca del bufet? — pregunté a mi amigo Grandive, quien conocía todo París. Le señalaba un buen mozo de treinta y cinco años; rostro enérgico y una mirada acariciadora y petulante dirigida a dos mujeres jóvenes que movianse solícitas en torno de él.

Grandive me informó de inmediato.

—Germain Markante.

—Gran éxito entre el bello sexo, según lo que veo!

—Markante no conoce esquivas. Piense usted! ¡Con su leyenda!...

—¿Qué leyenda?

—Decididamente, querido amigo, no conoce usted nada!

Fuímos a sentarnos a un rincón de un salón y Grandive me narró esto:

—Yo intervine en la historia. Data de cuatro años. Germain Markante era en esa época amante de la bonita Mme. Vaciet...

—¿La marca de auto Vaciet?

—Justamente. Estaba yo muy vinculado con Vaciet; él ignoraba todo, naturalmente. Una mañana, al entrar al cuarto de su mujer la encontró en el lecho muerta. Se había envenenado con una dosis terrible de Veronal. En seguida y como podrá usted pensarlo, comenzaron a correr murmuraciones. Se sospechaba de la vinculación de Markante y Magdalena. Se sabía que Markante era poco fiel. Rápidamente se inventó una escena de ruptura a raíz de la cual Magdalena, desesperada, había deseado morir y lo había logrado.

La cosa era verosímil y la creí. Pero en aquel momento me ocupaba, sobre todo, en consolar a ese pobre Vaciet, cuya moral inquietaba a los amigos. Perdía a una mujer a quien amaba mucho y, al mismo tiempo, las demasiado ingenuas ilusiones sobre que ella le inspiró.

Choque muy duro !No fueron exageradas nuestra solicitud y nuestras intimaciones para reponerlo en su aplomo. Hoy, está reintegrado a sus negocios y espero que haya olvidado.

—¿Y Germain Markante, también olvidó?

—A eso voy. Markante es un joven muy bien educado. Sabe que cuando una semejante aventura le ocurre a un galanteador lo mejor que puede hacer éste es desaparecer durante cierto tiempo. Las personas imaginativas reconstruyeron su novela: se le mostró desesperado, huyendo del mundo, devorado de remordimientos, sin duda dispuesto a entrar a un convento.

Después, pasados algunos meses, Germain Markante se mostró de nuevo, discretamente al principio; menos discretamente en seguida.

Jamás quise mucho a ese muchacho. No comprendí nunca bien el entusiasmo de Magdalena por él. Lo encontraba fatuo, pagado de sí mismo y no lo creía muy inteligente.

Después no he cambiado de opinión; sólo que hoy, además, él me fastidia singularmente.

Examínele ahora de cerca. Sabe que todo el mundo conoce su historia: las miradas de las mujeres bastarían a informarle. Luego, toma aire de profunda melancolía, de contricción, se muestra dulce, digno de compasión. Parece decir: "Compadézcanse de mí. Es una terrible historia; un peso abrumador! Una mujer que se mata por usted: que desgracia que yo no desearía a mi peor enemigo; y, no soy tan culpable como podría creerse! ¿Qué pasó por la cabeza de esa pobre criatura?..."

Ahí está, continuó Grandive, lo que nos revela su personaje exterior. Pero yo descubro que en el fondo de su corazón está muy orgulloso de la aventura. El llegaría a vanagloriarse si fuera necesario. No es halagador ser el hombre por quien una mujer se ha envenenado? Aureola, que por otra parte atrae mucho a pequeñas imbéciles, como usted lo ha visto hace un instante. Sólo que tengo muchas razones para creer que va a ocurrir algo, uno de estos días, que desinflará a ese señor y me hará reir bastante.

—¿Un secreto? — pregunté a Grandive.

—Sí, un secreto, por el momento. Pero si lo que creo es verdad, se lo diré muy gustoso. Ah! mi pobre conquistador.



* * *

Fué sólo un mes más tarde que volv[...] ver a Grandive. Recordé nuestra co[...] versación y le hice esta pregunta:

—Y ese famoso secreto relacionado c[...] el bello Germain Markante?

—Ya no es un secreto. Puedo cont[...] selo. La última vez que lo vi a usted, [...] taba sobre una pista. No podía hab[...] antes de haberla seguido hasta el fi[...] Héla aquí: es a la vez cómico y horrib[...]

Yo siempre había dudado que Magd[...] lena Vaciet no tuviese más amante q[...] Germain. No juzgo a esta pobre atur[...] da; ella ha pagado !Ahora bien, no h[...] ce mucho tiempo Vaciet encontró en [...] fondo de un cajón del pequeño secr[...] tario de la muerta un sobre donde se e[...] contraban algunas cartas. Este infort[...] nado marido, dudando mucho en cuan[...] a lo que contenía ese sobre y repugná[...] dole saber más en cuanto a su desgrac[...] conyugal, me entregó el pequeño paqu[...] te rogándome quemarlo si sus previsi[...] nes resultaban justas. Y leí. Las cart[...] eran de un tal Fernando Liter, y no d[...] jaban duda sobre la vinculación con [...] señora Vaciet — algunas eran muy cál[...] das — pero las últimas revelaban un er[...] friamiento creciente y pude leer, en la[...] últimas, un adiós muy seco seguido d[...] estas palabras: "Inútil que me digáis qu[...] váis a mataros para castigarme! Esa[...] amenazas las conozco, no creo en ellas"

—¿De manera que esta Magdalena n[...] se mató por Germain, pero sí por Fernando Liter?

—Exactamente! Es lo que le he dicho[...] Es horrible y cómico. Solamente, que yo[...] que no quiero a este imbécil de Germain[...] ni sus triste gloriola...

—¿Usted le ha dicho la verdad?

—Como se la estoy diciendo a usted. Alivié mi corazón. Le mostré las cartas y añadí hipócritamente: "Esto le va a quitar un gran remordimiento, mi querido señor".

—¿Qué hizo él?

—¡Eh! Podrá imaginarlo! Se puso furioso. Era, por otra parte, natural, que la traición de su amiga no le dejase insensible. Pero, pasada su cólera — y fué allí donde comencé a divertirme mucho — reflexionó que si yo revelaba mi descubrimiento, si la gente llegara a saber que no era él, sino otro, el héroe de la novela, entonces su prestigio se derrumbaría, se apagaría su aureola! Los hombres ya no lo envidiarían y las mujeres no le contemplarían con ojos extasiados.

El estuvo, en ese momento, magnífico! Me tomó las manos. Me suplicó no dijera a nadie lo que acababa de saber. Estuvo insistente, humilde; me aseguró que si yo callaba su agradecimiento sería eterno.

Me sentí repugnado. Le dije: "No diré nada. Pero si guardo el secreto no será por usted, mi querido señor, porque su actitud de hipócrita no me agrada mucho. Será por un marido muy desgraciado, muy digno, que vive su vida en un rincón, trabaja y que tiene derecho al silencio y al respeto".

dibujo de Cristar

LAS IDEAS

SOBRE las ciudades de orgullo hacia los destinos traspasados, más altas que el dolor y más altas que la alegría, sin que nos sea posible verlas, reinan las ideas.

En los primeros tiempos de fuerzas y de serenos fervores, desde que se transformó en antorcha el espíritu, ellas se desenredaron y volaron del hermoso dédalo de oro de los cerebros humanos, para brillar y desplegarse más arriba; y desde entonces impónese a nuestros temores, a nuestras esperanzas y a nuestras explicaciones, frecuentando nuestros pechos y nuestros espíritus y contemplando los seres y las cosas, tal como si bajo sus párpados libres, se abrieran los ojos del infinito.

Vibran así en la inmensa materia y forman en torno del mundo una ronda de fuego, sin que ninguna no sea una claridad primera.

Sin embargo, por ver su oro perdurar en los cielos, el hombre que las creó de su propia luz, ebrio de su propio esplendor, un día hizo con ellas: los Dioses.

Aún ahora, en nuestros días, su llama se nos figura eterna, pero si se alimenta de fuerza y de belleza es gracias a la sangre de la realidad, móvil siempre y sin cesar nueva, que nosotros arrojamos hacia ella.

Cuanto más exactos y claros sean los pensadores de una época; cuanto más sus frentes se muestren orgullosas y sus almas sean arrebatadas de tanto ser las vehementes obreras de la vida; cuanto más dirijan hacia sí mismos el resplandor que repentinamente ilumine las cabezas con un fuego nuevo; cuanto más resuenen sus pasos en el camino de las conquistas; cuanto más se admiren entre sí constituyendo verdaderamente lo más alto de cuanto vive bajo el viejo firmamento, más se abrirán, más se extenderán, fecundas y anchas, allá arriba, en los horizontes, las supremas ideas.

Traducción de C. S. E.

Emile VERHAEREN.

MUESTRA DE GRABADOS EN MADERA de CASTELLANOS BALPARDA en "AMIGOS del ARTE"







EN "Amigos del Arte" se expone una extensa muestra de grabados en madera, tallas directas y composiciones decorativas, del artista uruguayo Castellanos Balparda, obra de calidad que significa una sensible superación técnica sobre sus trabajos anteriores, con haber éstos acreditados ya a un xilografista de singular mérito.

Motivos del Paraguay, colección de tallas tenuamente coloreadas, constituyen una finísima expresión de arte que se destaca en la muestra de Castellanos Balparda, abundante en notas de interés que acreditan su dominio de la estampa.









MILLET

DESPUES de Courbet, la sujeción literaria a la cual obedecían los romáticos, cede el puesto a la sujeción científica, y el artista pasa, casi sin transición, de la cárcel del tema a la del objeto. Lo único nuevo de este intento de retorno a las fuentes era su pretexto científico, que desde luego lo hizo decisivo.

Para renovar la inocencia de su visión, le era necesario al hombre sensible buscar el contacto de la tierra, fuente de la eterna juventud de las formas en metamorfosis y del corazón, al que devuelve su pureza y su serenidad. ¡Exceso contrario al abuso del Museo y a la excitación creadora de las ciudades! ¡Accesión ascética a girar en un mismo círculo, a no ver nada de los deseos e impulsos de la época y a dormirse lentamente en la fórmula personal, bajo la sombra creciente de la costumbre y el olvido! En el centro de esas ciudades brutales, que obliga a gravitar en torno a su propio espíritu, hállase Delacroix infinitamente más solo que estos románticos aldeanos, voluntariamente desterrados en la soledad de los bosques y en el asfixiante desierto de un sentimiento agotador por anticipado de los manantiales que pudiera hacer brotar diariamente en ellos la fiebre de vivir.

Un paisajista,—Michel,—está tan solo, que hasta su vida quedó casi ignorada, a pesar de cruzarse a veces en su camino el alma de Rembrandt. Dos pintores hubo que habitaron Barbizon toda su vida; Rousseau,—tan emotivo a veces, cuando empuña únicamente la pluma y anota sus impresiones directas, las que no se divul-



JOVEN MUJER DANDO DE COMER A LAS AVES





EL TRASEGADOR



MUCHACHA DE ALDEA



LA IGLESIA DE GREVILLE

gan, mesuradas, equilibradas, precisas, musicales y ordenadas como todas las que nos han dejado los maestros del dibujo francés, desde Claudio y Poussin hasta Vernet y Corot, — Rousseau duérmese a orilla de sus pantanos sempiternos, cuyo tono violáceo y sospechoso vuelve a encontrar en las encinas solitarias y en los crepúsculos húmedos, en los que su melancolía busca una embriaguez poética, cuyo único resultado es el hastío. Millet cree,—o, mejor dicho, esto es lo que se cree desde Millet,—que la lectura de la Biblia basta para dar el sentido del mundo y que la miseria sufrida con sencillez y estoicismo le hace digno de entonar el himno de la existencia de los miserables, entre los cuales vive. Doble equivocación esta, de la cual no lograran libertarlo ni su sentimiento alternativamente épico y virgiliano del campo, ni su culto por Miguel Angel y Poussin, ni su admiración hacia Delacroix, ni su amistad con Daumier, el único que viene de París de vez en cuando, para agitar sobre sus tercas costumbres la llama de su genio. Cierto es que trabajaba el campo cuando niño, que gasta blusa y zuecos, pero esto no nos interesa. Cierto es que durante un viaje por Auvernia, por esta región árida, austera y llena de manchas como una capa vieja, ha estudiado escrupulosamente la estructura interna de la tierra y nos la ha dado luego en estampas admirables, puras como un dibujo japonés y sólidas como un dibujo alemán. Cierto es que en sus geórgicas aldeanas, en sus segadores encorvados con un solo gesto, y en sus sembradores cuya sombra se alarga y sus cavadores apoyados en su herramienta, en todas estas figuras sencillas de la triste y grandiosa fatalidad del trabajo, ha tenido siempre el sentimiento de la expresión escultórica de las formas, proyectadas en el espacio por la sola amplitud de sus superficies y por sus solos planos expresivos. Mas, este sentimiento es en él menos plástico que poético y demasiadas veces la forma suena a hueco debajo del plano ideal. Y aunque su dibujo es siempre sobrio y a veces decisivo, su pintura, — salvo en algunas magníficas excepciones, el "Arco Iris", "La Iglesia", "El Rastrillo", — es siempre triste y cenagosa. De todos estos rebaños al claro de luna, de todos estos humos de aldeas perdidas, de todas estas voces ahogadas que corren a ras de los surcos, de todos estos rumores de "Angelus" y de esquilas, tal vez no queden un día más que algunos amplios destellos enmarcados en cuatro rasgos de pluma y el recuerdo de una fuerza extraña al servicio de una sensibilidad respetable y de un carácter conmovedor.

Elías Faure.



LA ESQUILADORA

ALDEANA HILANDO



MUSEO DE ARTE MODERNO. ADVIERTASE LA SOMBRA DE LA TORRE EIFFEL PROYECTANDOSE EN EL CENTRO DE LA NOTA



TODOS los edificios levantados sobre las 68 hectáreas que comprende la Exposición, serán iluminados con luz indirecta, cuyo reflejo y dulzura igualan la claridad del día, y permiten todas las variedades de colores imaginables.

Se habló de iluminar las profundidades del Sena, pero antes era necesario limpiarlas. Una ligera capa de aceite salpicada de polvo, dará la impresión de un muaré coloreado, cuando la luz acaricie su superficie.

El centro de esta orgía luminosa, será la Torre Eiffel, colocada exac-

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE PARÍS -1937-

tamente en la mitad del eje formado por el Trocadero, el puente de Iéna, los jardines del Campo de Marte y la Escuela Militar. Su iluminación será extraordinaria, fantasma blanco poco a poco desvanecido en las sombras de la noche, filigrana multicolor, destacado en sombra chinesca bajo las nubes de un cielo lleno de resplandores fantásticos, se envolverá en determinado momento en los tres colores de Francia, rodeándose como un símbolo de las treinta y seis naciones extranjeras, participantes a la Exposición.

INFORMACIONES DE LA COMPAÑIA DE NAVEGACION, AGENCIA DE VIAJES, OFICINA DE TURISMO Y COMITE DE PROPAGANDA CAMARA FRANCESA DE COMERCIO. MONTEVIDEO



TROCADERO. SECCION EXTRANJERA

Tarzan



EL SACRIFICIO DE TARZAN







"LO QUE HAY QUE HACER" SIGUIÓ DICIENDO "ES OBTENER EL CONTROL ABSOLUTO; PARA ESO SE NECESITA UN HOMBRE INTELIGENTE COMO YO."

















Casa Soler

DESTACADAS OFERTAS DE NUESTRA SECCION

Confecciones de Señoras



BATON PUNTO PIRINEO, DE LANA PRECIO RECLAME $ 3.25

BATON EN PUNTO MOUFLON PURA LANA 3.90

ROBE DE CHAMBRE EN PAÑO NATURAL CUELLO Y PUÑOS EN SENANA DE COLORES OPUESTOS 6.50

TAPADO EN PAÑO SIBERIA CON CUELLO ARMIÑETE CONVERTIBLE 18.00

TAPADO EN PAÑO, DE LANA LABRADO ESTILO SASTRE 12.80

TAPADO EN PAÑO LABRADO CON CUELLO DE ARMIÑETE CONVERTIBLE 24.00

TAPADO EN PAÑO DE LANA PRECIO RECLAME 10.80

TAPADO EN PAÑO SIBERIA ESTILO SASTRE 16.80



TRAJE CHAQUETA EN PUNTO PARA SRAS. TALLES 44 AL 48 2.90



VESTIDO EN PUNTO PARA SEÑORA - TALLES 46 AL 52 3.80

BATON EN FRANELA BUENA CALIDAD 2.60

EN NUESTRAS TRES CASAS